

deficientes, porque no hay proporción entre el fin de María y de Eva, aquella fué criada para Reina del Universo y ésta para súbdita o cortesana, aquella para Madre de Dios y ésta para madre de hombres. Y como las gracias son según la misión, casi infinita distancia tiene de haber de los dones, gracias y prerrogativas de María a las de Eva.

Pero de los principios establecidos se deduce además, que María no sólo es principio, sino *fin de la creación*, o lo que es lo mismo, todo ha sido criado para María. *Todo es vuestro*, decía el Apóstol dirigiéndose a los fieles de la primitiva Iglesia, *vosotros de Cristo, y Cristo es de Dios*, (I Cor., II, 23). Y San Bernardino de Sena (Sermón VI de Asunc. c. II) dice también que toda gracia tiene en este mundo un triple grado o paso: «Por Dios viene a Jesucristo, por Jesucristo a la Virgen y por la Virgen a nosotros.» Luego, si Jesucristo es el *fin principal de la creación*, si es el primer paso o grado de las obras de Dios, la Virgen María es inseparable de su Hijo, y ella debe ser el *fin secundario*, el segundo grado de todas las obra *ad extra*. La realeza de María resulta gloriosa por la extensión de su imperio, pues abraza a la creación entera; pero ¿no lo es quizá todavía más por la multiplicidad y la importancia transcendental de sus derechos? Guardada la debida proporción, sus derechos son los mismos de Cristo, pues es su Madre.

María es *fin de la creación* es decir, que es más amada de Dios que todas las criaturas juntas, pues todas ellas fueron hechas para María. Todo lo que Dios hace para María es a sus ojos muy inferior a María. ¿Cuál será la conclusión de esta verdad? El amor que siente por la criatura es la medida de sus dones. María, en el momento de su Concepción, es más amada de Dios que el conjunto de las demás criaturas; las gracias, dones y méritos comunicados a los ángeles y a los hombres, se hallan reunidos en el alma de María, en el primer instante de su existencia, por una dignación de la bondad divina, que quiso mostrarse soberanamente magnífica. ¡Qué divinamente hermosa es la soberanía y la grandeza de la Hija predilecta de Dios!; Reina de todos los mundos, desde las inmarcesibles alturas de su trono de gloria pasea su dulcísima mirada sobre las jerarquías angélicas y sobre las generaciones humanas que se van sucediendo en la carrera de los siglos, y estremecida por el sentimiento de gratitud más profunda deja escapar de los labios este himno que encierra las maravillas obradas en Ella por el poder divino: *Yo salté de la boca del Altísimo engendrada primero que ninguna otra criatura. Yo hice que naciese en los cielos la luz que nunca falta y como niebla cubrí toda la tierra: Yo habité en las alturas... y estuve en toda la tierra, y en todo pueblo, y en toda parte tuve la primacía.* (Eclesiástico, XXIV, 5.)

Con este principio se explica en toda la plenitud el reinado universal legítimo, natural y absoluto de Cristo Jesús y de su Madre Santísima, independiente del pecado de Adán, y un reinado universalísimo en todo el orden natural y sobrenatural, en los ángeles y el hombre paradisiaco y en cuantos seres llenan los espacios. Cristo hubiera venido al mundo, sin la caída de los primeros padres, para glorificar la naturaleza y realzar la dignidad del hombre, porque El es